

*Copia A.
para Familia*

T O M A S B L A N C O

V I D A Y M I S T E R I O S

D E L A

C A L L E D E L A T A N C A

N O V I E M B R E D E L 6 3 .

A handwritten signature in dark ink, appearing to be 'T. Blanco', written in a cursive style. The signature is located at the bottom right of the page, below the date.

V I D A Y M I S T E R I O S
D E L A
C A L L E D E L A T A N C A (*)

Por

Tomás Blanco

A don Emilio S. Belaval, antiguo amigo afectísimo, inventor de los Cuentos de la Plaza Fuerte, dedico éste mi entrometimiento en la jurisdicción de su particular Dominio.

La vida de la Calle de la Tanca no ha sido tan larga ni de tanta importancia como la de sus siete hermanas mayores que, desde muy temprano, flanquearon la Plaza de Armas como núcleo poblacional; y, enseguida, estiraron sus tentáculos hacia las tres puertas originales del recinto amurallado: La Puerta de Tierra al Este, la de los Santos Justo y Pastor al Sur; y, al Poniente, frente a la Iglesia Catedral, la del patrono San Juan, que daba al primitivo puerto y era entrada forzosa de ultramarinos forasteros. Por eso proclamaba su inscripción: Benedictus qui venit in nomine Domini.

En rectilínea continuidad y urbanística deliberación, a La Tanca le sobrepasaron siempre no sólo las mayores en edad y gobierno sino todas o casi todas sus doce hermanas (callejones y

(*) Todo cuanto en este relato se cuenta es absolutamente ajeno a la realidad; inclusive en los países escandinavos.

los llamados "recintos" y "caletas" aparte). En lo poético y sugestivo de los nombres, no se diga: Para ver la desventaja de La Tanca, basta nombrar una de las menores y de más escasa consideración: La Calle de la Estrella (hoy O'Donnell). Si no bastara, recordemos la Calle del Sol, la de la Luna, la de la Bella Unión, la de la Fortaleza de Santa Catalina... y hasta la de los Bobos.

Todo eso es verdad. Pero en enigmas y misterios, no hay calle ni plazuela ni callejón de la vieja ciudad de Puerto Rico a quien la Calle de la Tanca no pueda dar ventaja. Ahí, no hay quien ni de lejos se le acerque.

Uno de sus misterios menores consiste en ser - sin razón explicable - la única inmortalizada en la canción popular. Y no por un solo y mero azar, sino reincidentemente. Dos antiguas guarachas la mencionan. Citemos primero la letra de la más conocida:-

"En la calle de la Tanca
estaba Simón parao
de los palos que le dieron
lo hicieron bailar gambao"

¿Quién fue este personaje, Simón, cuya identidad o señas generales no consta en fichas policiacas ni en expediente judicial

astillero

alguno, ni siquiera en la memoria tradicional del pueblo sanjuanero? ¿Quiénes y por qué razón le dieron de palos? Y, con esa palabra "gambao" - tan de ^{astillero} marina y arsenal - ¿qué se quiso decir, exactamente? ¿Era, acaso, el nombre de un baile populachero y de mala nota? ¿Sería que le dejaron patituerto, gambado, como un perno que se dobla al clavarse? - Pero, si lo dejaron patituerto o cojitranco, tuvieron, antes, que romperle las canillas; y, ¿cómo iba a bailar en tal estado el pobre Simón? - De nada de eso saben dar cuenta ni los papeles de los archivos ni tampoco las más curiosas comadres sanjuaneras.

La otra guaracha, quizás más antigua, era considerada, en su tiempo, pornográfica, indecorosa o inmoral; considerada así por un intrínquilis hoy indescifrable. Se recuerda que las amas de casa decían a sus sirvientas: -"Goyita, no cantes eso que es feo. Tiene mal doble sentido".- Desafío al mas docto y malicioso de los peritos del sous-entendu a que me explique qué podrá haber de sicalíptico u obsceno en la letra de aquella canción. Hela aquí:-

"En la calle de la Tanca
esquina del Matadero
hay un duende majadero
con su cabecita blanca."

Aparte algún inocente resabio de superstición, no se explica uno que podrá haber de "malo" en esa copla. De misterioso, sí, hay mucho. ¿Quién oyó nunca hablar de un duende majadero y cabe-ciblanco? - Un duende ni sin cabeza, como se cuenta de los más horrorizantes, ni con cabeza hecha y derecha; sino en un extraño término medio de tener sólo "cabecita". Si era un duende niño (¿hay duendes niños?) podría explicarse el diminutivo, pero no la blancura de la cabeza, como si se refiriera a un duende que peinara canas. - ¿Sería un duende viejo y enano? O ¿niño y albino? - ¿Quién sabe? De todos modos, cosa rara.

Pasemos por alto otros tantos misterios menores de la calle. Veamos, ahora, uno de los mayores: la quisicosa enigmática de su imposible nombre. Calle de la Tanca. Y ¿qué es eso de tanca? Bien se lo he preguntado, desde mi adolescencia hasta el día, no sólo a los capitaleños más rancios y versados; sino también a sabios y peninsulares profesores de la Lengua. Pero no he logrado satisfacción a mi curiosidad. Echándome a buscar por mi cuenta en el catalogado caudal lexicográfico de autorizados y enciclopédicos diccionarios (he consultado una buena quincena) encuentro, en resumen, lo siguiente: La palabra no existe para la mayor autoridad oficial de la Lengua: La Academia no la admite. Tampoco parece ser - de ningún modo - un regionalismo local, un puertorriqueñismo: Nuestro primer especialista en ese campo, don Augusto

Malaret, no la incluye en su Vocabulario de Puerto Rico.

Acudí en vano al Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana, de don Joan Corominas. Allí no hallé un artículo que recogiera el vocablo. Tampoco lo recoge el diccionario Vox, ni ningún otro de los consultados, salvo dos. Pero en estos dos que repiten, palabra por palabra, exactamente lo mismo, no se resuelve el misterio; pues aunque ambos traen dos artículos "tanca", ninguno de los dos esclarece el problema. Uno de ellos se refiere a un chilenismo sin la más remota posibilidad de relación con el nombre de nuestra calle. El otro artículo se copia textualmente, aquí abajo, de la Enciclopedia Sopena. Dice así:-

"Tanca: (del catalán tancar, cerrar). Vara que sirve para mantener cerrada con firmeza la puerta o tapa de las nasas por donde se saca el pescado cogido en ellas." - Eso es todo cuanto he podido bucear y sacar a flote de tanta lexicografía consultada.

Y, díganme ustedes ahora; ¿por qué arte de birlibirloque podría adjudicársele a esa tarabilla, a ese minucioso catalanismo de uso tan restringido y significado tan baladí, el origen del nombre de nuestra simpática calle? - Ni siquiera tal aditamento catalanoide es imprescindible en la arquitectura de las nasas.

(*) Dicho sea de paso, don Tomás Navarro tampoco la menciona en su El Español en Puerto Rico, aunque no sea este libro un diccionario, sino investigación y estudio lingüísticos.

Las más comunes y corrientes, las usuales, las que abundan en nuestro medio, son unas modestas trampas, unas cestas de fabricación casera; que, para asegurar la tapa o portezuela tienen un simple cabete de curricán o un bejuco de la raíz del calabazo o una tira de corteza de majagua. Resultaría, pues, extravagante y absurdo achacar a esa varilla influencia alguna en la nomenclatura de las calles capitaleñas. Oscuro enigma. (*)

Otro grave misterio de la calle fue una muerte perpetrada en ella durante los tiempos de España. En la cuadra que baja de San Francisco hacia Fortaleza, a la puerta de un zaguán, se cometió, al arma blanca, un asesinato sonadísimo. Quizás por lo infrecuente - amén de lo irreparable y alevoso del delito - todo asesinato era sonado en aquella época: cosa, desde luego, de gran escándalo y mucho abrenuncio. Pero en este raro crimen mediaron, además, tinieblas y recelos; sin que se esclarecieran nunca todas las nebulosas circunstancias del caso sino por rumores y sospechas y soslayadas conjeturas.

Pero el misterio más misterio de todos los misterios de la Calle de la Tanca fue un suceso acaecido allí a finales del Siglo XVIII que, la gente de entonces dio en llamar "la ocurrencia de la niña del pasmo peregrino".

(*) En otro escrito nos volveremos a ocupar más detenidamente del nombre de la calle de la Tanca.

Tendría la niña unos catorce años y, por lo tanto, la consideraban muchacha ya casadera. Se llamaba María del Perpetuo Socorro Juliana Isabel Catalina Mauricia de Alba-de-Yeltes y Etcheona. Estos dos ibéricos apellidos patrimoniales encubrían una ascendencia varia y curiosísima. Era descendiente, por línea directa de mujer, de la más distinguida y discreta entre las doncellas esclavas que, acompañando en calidad de damas y servidoras a dos liberadas nietas del rey de Hungría, envió por fineza (*) y obsequio el Gran Mogul o Gran Khan, Timur-Leng, al rey de Castilla don Enrique el Doliente. Esta particular doncella portaba ya en su sangre toda la mezcla de las invasiones de Rusia. Además de sus antecesores eslavo-moscovitas, derivaba ascendencia de entre los piratas escandinavos que se establecieron en Novgorod bajo el caudillaje de Rurik el Normando; y, a ello, unía la dispar progenie de la Tartaria china que entró en territorios rusos con los desbordamientos de las hordas mongólicas. Llevaba, pues, en sus venas, el doncellil regalo, toda la historia rusa desde el siglo nueve hasta el catorce. El rey don Enrique hizo

(*) Mejor dicho, Gran Jan, como quiere don Salvador de Madariaga - con razón - que se diga. Vide: Madariaga, El español no debe ser colonia lingüística del inglés, en el boletín El libro y el Pueblo (julio, 1963); Departamento de Bibliotecas, Secretaría de Educación Pública. México.

cristianar y apadrinó a las doncellas paganas; y, luego, las casó de su mano con fijosdalgo de la Corte. A la antecesora de nuestra niña le tocó entroncar con un linaje salmantino.

Después, durante los múltiples cruces sucesivos con naturales de otras regiones españolas, por más de tres centurias, también entró en la sangre de María del Perpetuo Socorro un injerto toscano, de prosapia señaladamente florentina. El largo catálogo de los nombres de pila de la niña dan a entender algo de toda esta aventura hereditaria. - Personas picarescas comentan que mucho más lo da a entender la "ocurrencia" que vamos a narrar. De todos modos, teniendo tantos nombres donde escoger, en la Ciudad de Puerto Rico siempre la llamaron Perpetuo, añadiéndole después el aditamento de "la niña del pasmo".

Hacia unos años que Perpetuo había llegado a la Isla acompañada de su madre viuda y de un hermano de ésta, sacerdote ya entrado en años y de algunos recursos económicos, que había sido nombrado canónigo de nuestra catedral y vino a ocupar su prebenda. La hermana la trajo por socorrer su viudez y amparar la orfandad de la niña, ahijada suya; pero también por el buen ver y respeto de prescindir de un ama sin restar las conveniencias y comodidades que presta en el vivir diario una hacendosa compañía femenina.

A la niña pensaba darle estado ventajoso gracias a la dote que le reservaba y a sus excelentes relaciones con la plana mayor de la colonia. Hasta la época de que hablo, Perpetuo no había tomado a pecho mirada alguna de ningún buen mozo; pero como la niña, aunque ya casadera, era todavía tiernecita, ni la madre ni el tío mostraban aún prisa por casarla.

Vivían los tres encariñados y tranquilos, llevando una vida modesta y a la vez regalada, en una casona de la calle de la Tanca, el número ocho de la calle, ^(*) de dos plantas, con fresco patio interior, y jardín al fondo, en el piso bajo; y un balcón corrido, en el alto, con cuatro puertas empersianadas al balcón. Además techo de azotea enladrillada, que era en la vida sanjuanera de entonces como un segundo patio a cielo abierto y aire libre.

Era Perpetuo una bien proporcionada mujercita en flor que prometía madurar presto en fruto hermoso, abundoso, sabroso. Tenía una espesa y larga cabellera de oro y seda, tan digna de adornar una diosa del Valhala como una venus de Sandro Botticelli. Su tez era delicada y pálida como los nardos, jazmines y azucenas a la luz de la luna. En contraste, sus ojos eran negros retintos con párpados graciosamente achinados: Una belleza exótica y bien educadita que no necesitaría mayores caudales para lograr un buen partido: A pesar de que tenía eso que hoy llaman, por

(*) Hoy le han adjudicado el desproporcionado número 202

antonomasia y por influencia del inglés, "temperamento", cosa - según dicen - nada recomendable en niña casadera.

Un atardecer, a mediados de marzo, de 1797, desde el pretil fronterero de su azotea vió, Perpetuo, pasar por el medio de la calle de la Tanca un garboso joven de uniforme. Se le quedó mirando pensativa, con labios entreabiertos. De algún modo sintió el mozo la larga mirada que a sus espaldas le seguía: Antes de doblar la esquina, se detuvo un momento y volvió la cabeza hacia aquella azotea. En verdad, nada llegó a distinguir. Pero María del Perpetuo Socorro sintió un turbador estremecimiento en las raíces de su feminidad.

Don Juan de Écija Xerife (sevillano moruno como su nombre lo pregona, pero con claras ejecutorias de cristiano viejo) había llegado de la Península hacía tres días. En calidad de ayudante - con grado de alférez abanderado - acompañaba a un su abuelo de apellido irlandés y título de nobleza castellana, que traía una muy reservada cédula de la Corona para el Capitán General don Ramón de Castro. Entraron en la Plaza Fuerte no por la puerta de San Juan, sino por la de San Justo; pero no importa por donde entraran, seguía valiendo para el nieto tanto como para el abuelo, aquello de Benedictus qui venit.... (Cavilaba, mucho tiempo después, Perpetuo, que, por lo que a ella le tocaba, era esa santa bienvenida aún más aplicable a don Juan que al propio enviado del monarca).

A ambos se le rindieron hidalgas cortesías y prescritos honores oficiales. El noble mensajero real fue recibido bajo palio y hospedado en Fortaleza. A don Juan se le invitó a participar de la mesa del Gobernador y de la del Obispo: pero para dar holgura a su mocedad, se le buscó decoroso acomodo en la Hostería de la Nueva Estrella - situada al final de la Calle de la Tanca esquina al Recinto Sur - en una habitación del piso alto con vistas a la bahía y al campo por encima del lienzo de muralla que iba del baluarte de San Justo al de San Pedro.

Don Juan y Perpetuo se reencontraron pronto - esta vez frente a frente - al salir de misa, a la puerta de la parroquia de San Francisco. Perpetuo, acompañada de una fina negra liberta, su azafata, salía con prisas por regresar a casa. Al enfrentarse con el alférez le hizo inconscientemente una profunda inclinación. El cetrino y garrido andaluz le contestó con el saludo militar, con unas breves palabras entrecortadas e incomprensibles, y con unos tremendos piropos silenciosos transmitidos por la ardiente mirada de sus ojos perspicaces. Cuando menos, así lo figuró Perpetuo. Y, por de pronto, no pasó más. Salvo que don Juan la siguió a cuatro pasos de distancia (como mandaba la Ordenanza que siguiera a su abuelo en ceremonias oficiales) hasta cerciorarse de la casa en que vivía.

No tardó en correr por la Ciudad Murada el rumor de que Perpetuo había sufrido un peregrino pasmo de voz; que, en subitáneo raptó de apasionado arrobó adolescente, se había quedado muda por mor de unos piropos también mudos. Que seguía sin recobrar la voz. Y que se pasaba las horas muertas sin salir del patio de la casa. De todo esto se enteró, al fin, don Juan; y, de que se le señalaba, si no como culpable, como causa motiva del peregrino pasmo.

Pero no hubo lugar a que el joven alférez, cuando empezó a salir de la confusión que le embargó al conocer los rumores, tomara ninguna determinación; porque los acontecimientos se desencadenaron y se complicaron de modo que, en ellos se vió compelido a actuar como un autómeta.

Como medida salutífera y para contrarrestar las hablillas que amenazaban con degenerar en escándalo; el tío y padrino de la niña se la llevó a una quinta de las afueras, en Cangrejos, por las alturas de San Mateo, a media distancia entre la playa y el puente de Martín Peña. Esta quinta, usufructuada por el Obispo, la puso el prelado a la disposición de la familia de Perpetuo mientras durase el accidente.

Poco después, el 17 de abril, apareció a la vista del Castillo del Morro la numerosa escuadra del vicealmirante inglés Sir Henry Harvey; con un ejército cuantioso a bordo, bajo las órdenes

del general en jefe Sir Ralph Abercromby. El desembarco, por las playas de Cangrejos comenzó en la madrugada del día siguiente. Mientras tanto, el Capitán General español, entre otras providencias, había publicado "Bando a fin de que saliesen de la Plaza las mujeres, niños y viejos", quedando solo los útiles para tomar las armas.

Todos estos informes llegaron alarmantes a la quinta del Obispo en cuanto amaneció el día 18. La vanguardia de las fuerzas de desembarco iniciaba ya los aproches a la primera línea de defensa de la ciudad. Hombres de un cuerpo volante, mandado por don José Vizcarrondo, que vigilaba de cerca las maniobras del Inglés, instaron al canónigo a que abandonara, con los suyos, la quinta amenazada; y, le dieron escolta hasta dejarlos a salvo, cruzado el puente de Martín Peña.

Una vez allí, quedó el canónigo indeciso. La responsabilidad de guardar hermana y sobrina le cohibía. Pesó los azares que correrían de internarse hacia los pueblos del centro de la Isla: Allí podrían llegar los ingleses sin gran impedimento si se lo propusieran. Siempre creyó lo más prudente regresar a la ciudad, que consideraba inexpugnable y segura (como probó serlo). Pero entrar por el puente del Agua y la puerta de Tierra, primero atravesando Cangrejos, era imposible: por allí pululaban, cortándole el camino, miles de ingleses a mas de unos regimientos de

granaderos alemanes que venían al servicio de Inglaterra. Optó por algo nada fácil, pero que ahorraba dilaciones: ir rodeando de lejos la bahía hasta llegar a la Estancia Milagros, cerca de Pueblo Viejo. Allí hacer noche; y, al día siguiente, proseguir hasta alcanzar la punta de Palo Seco, cruzar el canal de entrada al puerto, amparado del Muro, e ir a dar directamente a la caleta y puerta de San Juan. Por el camino adelantaría emisarios para conseguir permiso del Gobernador que le eximiera del Bando, a él y sus familiares; y poder entrar en la plaza con su hermana y sobrina. Todo pasó según lo había ideado; y, el día veinte de abril durmió en su casa. La caminata había descrito un irregular y amplio semicírculo: Habían salido hacia el Sudeste, torciendo y revirando luego, para volver a buscar la ciudad por el Oeste.

lomos
Pero durante el viaje, tras varias vicisitudes, surgió una peripecia que el sacerdote casi consideró milagrosa. Iban de uno en fondo por una estrecha y sombría vereda entre manglares; a lomos, cada cual, de un borriquito. Un miliciano de la patrulla de Pueblo Viejo, con órdenes de acompañarles, caminaba a la descubierta. A cierta distancia le seguía Perpetuo plantada en su borrico como si cabalgara en unicornio. Detrás venía la madre, en bestia remolona. Cerraba la marcha el canónigo repasando su libro de Horas. Súbitamente, desprendido de un árbol, cayó

junto a Perpetuo un hombrachón, un granadero alemán (luego se supo que era desertor). Cegado por la belleza de aquella hermana menor de las Valquirias, sin saber lo que hacía, abalanzó una mano a la cola del borrico y la otra a las trenzas doradas de la niña. Lo que pasó enseguida, nunca se supo bien. A las voces de alarma de Perpetuo, cuando acudieron todos, vieron al alemán caído entre fangosas raíces de mangles, cocado del borrico, mordido y arañado de Perpetuo. En cuanto pudo levantarse - ya los otros presentes - él mismo se rindió ante la jovencita enfurecida. El miliciano lo maniató. Y con él, prisionero, entraron en la Plaza y lo entregaron a la autoridad militar. Por empeños del canónigo no fue muy duramente castigado. Lo curioso es que nadie se dio cuenta, hasta pasadas varias horas, que Perpetuo había recobrado perfectamente el habla normal.

Mientras tanto, don Juan andaba atareadísimo, cumpliendo sus deberes militares a las órdenes directas del Capitán General. Pero en la noche del 30 de abril, el enemigo levantó el sitio y precipitadamente se reembarcó. El dos de mayo la escuadra frustrada y humillada puso proa al norte y se alejó de nuestras costas.

A prima noche del día tres, doña Crucita de Onís y de Onís, la guapísima primogénita del Segundo Cabo interino, celebraba, a la par, con una tertulia extraordinaria, la fiesta de su natalicio y la victoria de las armas españolas. Entre los primeros

que acudieron a felicitarla, estaba don Juan de Ecija, de quien se decía que, cumplida la misión de su abuelo, ya le quedaba corto tiempo en San Juan. Luego, con un grupo de amigas, entró María del Perpetuo Socorro; y, tras los saludos de rigor a las personas de la casa, atravesó, recta y airosa, la distancia que la separaba de don Juan. Se le acercó de frente y una vez al alcance de sus manos, se le puso al lado. Hubo, es verdad, un movimiento instintivo de él hacia la fuga. Pero hubo, también, una categórica fascinación que lo clavó en el sitio. De improviso, rompiendo el expectante silencio general, ella le dijo con la mayor naturalidad del mundo:- Ya no estoy muda. Ya nunca jamás, amén, volveré a estar muda. - Y, entonces sonrió con sonrisa de arcángel. Con la misteriosa y segura sonrisa de un embajador extraordinario y plenipotenciario de la Divinidad.

.....

Hoy en día, a más de siglo y medio de distancia, existe muy difundida por Sevilla y provincias limítrofes numerosísima descendencia de aquella pareja, tan inquietantemente fulminada en la primavera sanjuanera de 1797. A pesar de las abundantes infusiones de sangre andaluza y semiárabe continuamente repetidas durante el transcurso de los años, en las familias de esa descendencia todavía se ven, con marcada frecuencia, muchachas de palidez alabastrina, párpados un poquito achinados, ojos como la

noche y cabellera como el sol. Ninguna ha sido nunca muda, pero tampoco parlanchina; aunque muchas son decidoras. Que no es lo mismo. Y todas aciertan a saber muy bien - sin pensarlo - lo que en cada ocasión exactamente les conviene. De esto tienen fama.

-¿Misterio~~x~~ de la Calle de la Tanca?

-¡No tanto! Cosas de los ácidos nucleicos. Que es, quizás, casi como decir designios de la Providencia.

NOTICIAS BIBLIOGRAFICAS

He oído decir que un cuento ni necesita ni siquiera admite bibliografía. Pero tal criterio me parece rutinario, mezquino, estrecho; digno de pobres de imaginación y espíritu. No obstante, para no violentar con exceso a los honrados preceptistas (si antes los llamé "pobres", debo, ahora, añadir "pero honrados") daré sólo unas pocas fichas entre las cincuentitantas que podría aducir. Pero, salvo alguna que otra excepción, esas pocas tendrán el indiscutible mérito de ser raras o rarísimas y difícilmente asequibles a cualquier curioso lector. - He aquí mis escasas notas:-

A- Sobre la Plaza Fuerte y la antigua Ciudad capital de Puerto Rico, pueden consultarse -además de nuestros conocidos historiadores- las siguientes obras:

1. A History of the Harbor Defenses of San Juan, Puerto Rico, under Spain. Including a brief history of artillery and a guide to the ancient fortifications, by 2nd. Lt. E. A. Hoyt. Ed. The Puerto Rico Coast Artillery Command. San Juan. 1943.
2. La Topografía Natural de la Isleta de San Juan y el Proceso Formal de la Urbanización y Fortificación de la Ciudad. Por el ingeniero de caminos, canales y

puertos Lars Jensen. Tesis doctoral. Universidad de Upsala. 1908. Traducción del sueco por Oskar Hjorth y Beigbeder; asesorado por el erudito bibliófilo Monseñor P. P. Sanct Omni,

Véase, además, el excelente mapa de la bahía y la ciudad, publicado sólo tres años antes de los sucesos narrados:-

Plano Geométrico del Puerto Capital de la Isla de Puerto Rico. Levantado en 1794 por don Pedro Cosme de Churruca, capitán de navío de la Real Armada. -Depósito Hidrográfico.

B- Sobre la pesca y, en particular, las nasas, es útil el siguiente libro:-

1. Investigations of the Aquatic Resources and Fisheries of Porto Rico by U. S. Fish Commission Steamer Fish Hawk. 1899-1900. Washington. Government Printing Office.

(Con descripciones e ilustraciones de las nasas usuales en Puerto Rico).

C- Sobre la vida y milagros de la ciudad, tuvimos la fortuna de contar con un hallazgo notable:-

1. Memoria Secreta de la vida ciudadana, pública y privada, en Puerto Rico, en la segunda mitad del Siglo XVIII. Con apéndice descriptivo de los casos raros, curiosos y milagrosos sucedidos en la Ciudad durante toda su historia. Fechado en 1808. Atribuido al presbítero don

Jerónimo de la Puente y Reverte, capellán que fue de la Ermita de San Secundino del Toa. Manuscrito en vitela, caligrafía de la época. Propiedad de la familia del autor.

D- Sobre el ataque de los ingleses en 1797.

1. Diario y Documentación del sitio que pusieron los ingleses a la ciudad de Puerto Rico en 1797. Por el Gobernador, Intendente y Capitán General de la Plaza, el Brigadier don Ramón de Castro. Archivos de Puerto Rico
^
~~(1854)~~ / S
λ

E- Sobre las invasiones de normandos (de Novgorod a Kief) y tártaros (del Ural hasta el Dniéster); y, sobre la ascendencia de estos cruces rusos en "la niña Perpetuo", no se incluye nuestra detallada bibliografía por estar en lengua moscovita y por carecer la imprenta que nos sirve de alfabeto cirílico. Además por no vernos metidos en líos. Pero en cuanto al jan Timur-Leng y su regalo de doncellas al rey de Castilla, estamos en terreno más firme. La historia de las cautivas princesas húngaras, sobre todo la de doña María, es verdaderamente folletinesca. Estas dos doncellas, cayeron en poder del Sultán de los Otomanos, Ilderim Bayacete; a quien se las arrebató Timur en la batalla de Ancira.

Presenciaron esta batalla dos embajadores castellanos, uno de ellos: Payo Gomez de Soto. Al regresar la embajada, fue acompañada hasta España de un enviado de Timur / -Mahomet Alcagí- cargado de ricas joyas para el rey castellano, y, entre ellas, las principescas doncellas de Hungría. En la ruta de Andalucía a la corte, junto a una célebre fuente, ocurrió tamaña cosa entre Payo Gomez y doña María. Una trova lo glosa discretísimamente:-

En la fontana de Xódar
vi a la niña de ojos bellos
e finqué ferido dellos
sin tener de vida una ora

Y dice, algo menos discreto, Jiménez de la Espada: "El rey quiso prender al osado decentador de su presente", quien huyó a Francia; "hasta que viudo y absuelto, compuso el desaguizado apretando en la iglesia los lazos amorosos que de mala manera añudó en la fontana de Xódar." - Vide: Andanzas e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos. Madrid, 1874, con prólogo, notas, etc. de M. Jiménez de la Espada. (pp 518-519 y 528-535). - Véase también Vida y azarías del Gran Tamorlán, etc., con un Itinerario de lo sucedido en la Embajada, etc. Atribuido a Ruy Gonzalez de Clavijo. Publicado por Argote de Molina en 1582. (Se refiere a la segunda embajada de Enrique III a Timur-Leng.) - Tenemos

además copiosa documentación referente a las otras doncellas del regio presente. Pero está escrita en algarabía cordobesa (Siglo XV) y nuestra imprenta tampoco cuenta con caracteres arábigos. - (Nosotros contamos sólo con ^{guarismos} ~~números~~ arábigos; y hasta con números romanos, que es casi igual, aunque un poco más enrevesado.)

guarismos

F- En cuanto al pasmo de voz, me apoyo en el dictamen del profesor Bon-Lac:- "Entre las diversas clases de pasmos verdaderos, existen dos extraños géneros (1) pasmo de luna, y (2) pasmo de voz. El último es el más insólito y atípico. Su etiología muestra absoluta independencia de los ateramientos (frigentes, tóxicos, compresivos, etc.); y, en cambio, está relacionada íntimamente con las sacudidas emocionales. Quizás por eso, la enfermedad es rebelde a la terapéutica térmica; pero desaparece bajo prolongada sedación anímica, y, sobre todo, sana aparatosamente ante fortuitas concusiones psicológicas. A nuestro juicio, este pasmo no es un simple elemento sindrómico, sino una verdadera entidad nosológica. La manifiesta afonía absoluta es enteramente funcional; pero participa de la índole de una oscura afasia, pues la voluntad no parece ser del todo ajena a la total mudez". (Vide Bon-Lac, Athos M. du; La Diagnose Différentielle des Paralysies et des Spasmes. Imprimerie Médical de la Cité. - Luxembourg, (1897).

G- Sobre el carácter silencioso de los piropos.

1. Pyropós. Por Abigail de Bobadilla (seudónimo de doña Batistina Ponce de León, Marquesa de los Puertos del Paysandú). Imprenta Viajera del Alto la Guirre. Sevilla-México-Lima. 1855. Cuarto: 100 pp. Encuadernación en piel. Rico papel de hilo. Bellos y elegantes tipos. Nítida impresión. Ed. limitada y numerada del uno al cien. -Ensayo entre humorístico y satírico; donde la fácil erudición se fuerza en alardes de picardía etimológica para probar que los piropos deben ser vistos y no oídos, dichos con los ojos y no con la voz: La fogosidad debe relumbrar en la mirada; y, el fuego (pyr) en el "paisaje" (óps). -Es, en el fondo, un punto de vista típicamente femenino muy siglo XIX; ingeniosamente expresado en prosa llana y ágil, a pesar de las numerosas notas al margen en latín y griego. La posibilidad del piropo táctil no se admite en el texto. -Se conoce el paradero de sólo tres ejemplares de este lindo y curioso cuaderno. El ejemplar consultado - en magnífico estado - es el número 21; perteneció a la reina Isabel II y fue regalado por ella al general don Juan Prim y Prats con una cordial dedicatoria. Hoy pertenece a la biblioteca particular de doña Laura Elizabeth (Lali)

Déjano

de Toronto y Trujillo. -Olvidábamos decir que la autora se metió a monja carmelita descalza. (Se dice que tenía los pies muy bonitos).

H- Sobre los ácidos nucleicos, consúltese cualquier buen breviario, compendio o resumen de la microquímica biológica del núcleo de las células en relación con la genética. Por ejemplo:-

The Nucleic Acids: Their code-cipher role as biochemical repositories, distributors, guardians and messengers of hereditary tendencies. -A symposium edited by Prof. David M. von Bruschel, Ph.D., Ll. D. etc.- 24 volumes in quarto. Published under the Fairsex Endowments' auspices by Pioneers Inc. Chicago, 1963. (Traducción española en prensa; con prólogo y notas de Gascogne Bientot, Cate- drática de Cibernética Universal en el Instituto Indice de la Universidad de R. P.)

Laus Deo

Esta en "prensa" en la Rev. del Inst. de Cult
desde antes de terminar el año 63,
Aun así ha salido en 23-iii-64 - Saldrá pronto, me dicen.